3

La vida no termina, se transforma

Semana Santa

Ciclo C

Del 13 al 20 de abril de 2025

EUCARISTÍA

evd

La vida no termina, se transforma

Semana Santa

Ciclo C

Del 13 al 20 de abril de 2025

EUCARISTÍA

evd

Editorial Verbo Divino
Avda. de Pamplona, 41
31200 Estella (Navarra)
Tel. 948 556505
evd@verbodivino.es
www.verbodivino.es

Textos: Equipo Eucaristía
Ilustraciones: Álex Herrerías

Diseño de colección: Francesc Sala
Fotocomposición: NovaText, Mutilva (Navarra)
Impresión: Gráficas Astarriaga, Abárzuza (Navarra)

© Editorial Verbo Divino

Depósito legal: NA 1.010-1987

ISBN: 978-84-1063-072-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Contenido

Presentación 7
13 abril. Domingo de Ramos 9
17 abril. Jueves Santo 29
18 abril. Viernes Santo 41
19 abril. Sábado Santo. Vigilia Pascual 61
20 abril. Pascua de Resurrección 93

Recursos
Para celebrar. La Hora Santa 107
Para celebrar. Viacrucis 113

Presentación

Escuchamos que algunos, unos pocos, dicen: «La muerte forma parte de la vida; por eso, no debe darnos miedo». Este pensamiento no es cristiano, sino más bien estoico. Lo puede firmar alguien que no cree en Dios y que, de forma serena y madura, se atreve a mirar a la muerte cara a cara.

Otros afirman: «La vida no tiene sentido, por lo que la muerte es un descanso, más o menos justo, más o menos merecido». Esto tampoco es cristiano; lo puede decir un agnóstico que ve en la muerte la liberación del cansancio que es la vida; una vida, en la mayor parte de los casos, según él, carente de razón para llenarla de contenidos satisfactorios.

No faltará quien diga: «La vida tiene sentido por una motivación ética o estética». La razón de la vida, en este caso, nace de un argumento de grandeza humana o espiritual; el ser humano se reconcilia consigo mismo y con su existencia que sabe que es limitada, bien intentando dejar un mundo mejor que el heredado, bien intentando poner belleza en medio de tantas sombras y horrores. Tampoco es una respuesta plenamente cristiana, aunque sea ética y estética, y proponga un sentido.

La grandeza de la fe cristiana admite que la muerte es un hecho; no hay prórroga en el tiempo, como a muchos les gustaría (sobre todo a los que proponen como solución la

reencarnación/repetición continua de la vida terrena). La vida humana es personal y está sujeta a los límites históricos del espacio y del tiempo.

La fe cristiana tampoco cree que la vida sea una desgracia, ni una condena, ni un castigo. Es un don de Dios, que nos ha llamado a la vida y que nos espera. Es verdad que los cristianos sabemos que este camino está marcado por nuestros proyectos muy limitados, a veces confusos; por nuestras contradicciones y nuestros pecados; pero es verdad que creemos que el amor de Dios, manifestado en la muerte de Jesús en la cruz, el «amor crucificado», le da un sentido nuevo. Creemos en la vida y en la cruz redentora del enviado del Padre.

Muerte de Jesús, entrega hasta el extremo, obediente por amor, y resurrección de Jesús por el Padre, no son dos escenarios separados, contradictorios, sino las dos caras de una misma moneda. Por eso podemos decir que la vida, nuestra vida, «no termina, se transforma». ¡Felices Pascuas!

Equipo Eucaristía

13 de abril de 2025

Ciclo **C**

Domingo de Ramos

Javier García

Encontrarnos con Jesús

Jesucristo es el «siervo» (Palabra de Dios).

Acercarnos a Jesús (Homilía).

Leer el evangelio (Evangelio en casa).

Celebración de Ramos

CONMEMORACIÓN DE LA ENTRADA DEL SEÑOR EN JERUSALÉN

Queridos hermanos:
Después de haber preparado nuestros corazones desde el comienzo de la Cuaresma, por medio de la penitencia, la oración y las obras de caridad, hoy nos congregamos para iniciar, con toda la Iglesia, la celebración del misterio pascual de nuestro Señor.
Este sagrado misterio se realiza por su muerte y resurrección; para ello, Jesús ingreso en Jerusalén, la ciudad santa.
Nosotros, llenos de fe y con gran fervor, recordando esta entrada triunfal, sigamos al Señor para que, por la gracia que brota de su cruz, lleguemos a tener parte en su resurrección y en su vida.

BENDICIÓN DE LOS RAMOS

Oremos.
Dios nuestro, aumenta la fe de cuantos esperamos en ti y escucha nuestras súplicas, para que, quienes hoy llevamos estos ramos en honor de Cristo victorioso, te presentemos el fruto de las buenas obras, unidos a él. Que vive y reina por los siglos de los siglos.
R. Amén.

(A continuación, se bendicen los ramos).

Lectura del santo evangelio según san LUCAS 19,28-40

En aquel tiempo, Jesús caminaba delante de sus discípulos, subiendo hacia Jerusalén.
Al acercarse a Betfagé y Betania, junto al monte llamado de los Olivos, mandó a dos discípulos, diciéndoles:
–Id a la aldea de enfrente; al entrar en ella, encontraréis un pollino atado, que nadie ha montado nunca. Desatadlo y traedlo. Y si alguien os pregunta: «¿Por qué lo desatáis?», le diréis así: «El Señor lo necesita».
Fueron, pues, los enviados y lo encontraron como les había dicho. Mientras desataban el pollino, los dueños les dijeron:
–¿Por qué desatáis el pollino?
Ellos dijeron:
–El Señor lo necesita.
Se lo llevaron a Jesús y, después de poner sus mantos sobre el pollino, ayudaron a Jesús a montar sobre él.
Mientras él iba avanzando, extendían sus mantos por el camino. Y, cuando se acercaba ya a la bajada del monte de los Olivos, la multitud de los discípulos, llenos de alegría, comenzaron a alabar a Dios a grandes voces por todos los milagros que habían visto, diciendo:
–¡Bendito el rey que viene en nombre del Señor! Paz en el cielo y gloria en las alturas.
Algunos fariseos de entre la gente le dijeron:
–Maestro, reprende a tus discípulos.
Y respondiendo, dijo:
–Os digo que, si estos callan, gritarán las piedras.

Palabra del Señor

(Procesión de Ramos).

Lecturas

Lectura del libro de ISAÍAS 50,4-7

El Señor Dios me ha dado una lengua de discípulo;
para saber decir al abatido una palabra de aliento.
Cada mañana me espabila el oído,
para que escuche como los discípulos.
El Señor Dios me abrió el oído;
yo no resistí ni me eché atrás.
Ofrecí la espalda a los que me golpeaban,
las mejillas a los que mesaban mi barba;
no escondí el rostro ante ultrajes y salivazos.
El Señor Dios me ayuda,
por eso no sentía los ultrajes;
por eso endurecí el rostro como pedernal,
sabiendo que no quedaría defraudado.

Palabra de Dios

NOTAS: Los cuatro «Cánticos del Siervo de Yhwh» de Isaías se refieren a un personaje anónimo, que no sigue el camino de la violencia ni de la venganza. En este tercer canto, el «Siervo» *(ébed)* se posiciona con los «abatidos» que necesitan una palabra reconfortante para poder vivir; con los «discípulos» que esperan de su maestro un sentido que ilumine las contradicciones; con las víctimas que son «torturadas» injustamente, sin que nadie las defienda. Desde la perspectiva hebrea de las Escrituras se propone entender bien un profeta anónimo (el autor de los cantos que hablaría en primera persona); bien a todo el pueblo de Judá e Israel en sentido colectivo (pero en la Escritura no se caracteriza por ser ni pacífico ni obediente). La Iglesia hace una lectura conjunta, progresiva y teológica de toda la historia de la salvación; por eso ve en este «Siervo» una anticipación profética, mesiánica, del verdadero Siervo, que es Jesucristo. Faltan aún muchos siglos para que esta profecía se lleve a cabo; pero la resolución de historia de la salvación no es inmediata, sino que se abre al tiempo. Jesús es el «Siervo»; es víctima primera de una injusticia terrible y de una violencia que nunca provocó. La resistencia de Jesús, pacífica, y dándole sentido a su vida, es la lectura salvífica de Dios, en un camino nuevo, conforme a toda la palabra de Dios.

Salmo responsorial 21,8-9.17-18a.19-20.23-24

Dios mío, Dios mío,
¿por qué me has abandonado?

Al verme, se burlan de mí,
hacen visajes, menean la cabeza:
«Acudió al Señor, que lo ponga a salvo;
que lo libre si tanto lo quiere».

Me acorrala una jauría de mastines,
me cerca una banda de malhechores;
me taladran las manos y los pies,
puedo contar mis huesos.

Se reparten mi ropa,
echan a suerte mi túnica.
Pero tú, Señor, no te quedes lejos;
fuerza mía, ven corriendo a ayudarme.

Contaré tu fama a mis hermanos,
en medio de la asamblea te alabaré.
«Los que teméis al Señor, alabadlo;
linaje de Jacob, glorificadlo;
temedlo, linaje de Israel».

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los FILIPENSES 2,6-11

Cristo Jesús, siendo de condición divina,
no retuvo ávidamente el ser igual a Dios;
al contrario, se despojó de sí mismo
tomando la condición de esclavo,
hecho semejante a los hombres.
Y así, reconocido como hombre por su presencia,
se humilló a sí mismo,
hecho obediente hasta la muerte,
y una muerte de cruz.
Por eso Dios lo exaltó sobre todo
y le concedió el Nombre-sobre-todo-nombre;
de modo que al nombre de Jesús
toda rodilla se doble
en el cielo, en la tierra, en el abismo,
y toda lengua proclame:
Jesucristo es Señor,
para gloria de Dios Padre.

Palabra de Dios

NOTAS: En este breve, intenso y equilibrado himno cristológico nos adentramos en el misterio de Cristo Jesús. Asistimos a un doble movimiento: descenso y ascenso. Del descenso es protagonista Jesús, que se «despojó», «se humilló» y «se hizo obediente». El movimiento de ascenso nos dirige a Dios, que «lo exaltó» y «le concedió el Nombre-sobre-todo-nombre». Jesús acepta libremente el «vaciamiento», el «despojo», el «anodadamiento» (*kénosis* en griego); lo tenía todo y renunció; estaba lleno y se vació; era el primero y se hizo nada. Más aún, siendo Dios tomó la condición de «esclavo»; en el clímax de su «despojo», su entrega le lleva a una obediencia que llega a la «muerte» más detestable: el autor del himno lo expresa magistralmente con la expresión «y una muerte de cruz». La entrega total como sentido de su vida. El movimiento de ascenso cambia el sujeto («Dios») y los verbos, que pasan a ser de triunfo: «Dios lo exaltó»: exaltación, resurrección, glorificación, son distintos matices de la acción última de Dios. El Nombre, en la tradición hebrea, le pertenece a Dios (YHWH). Ahora Dios se lo ha concedido a Jesús. Ante él la creación entera (cielo-tierra-abismo) se dobla, lo reconoce y lo adora. El himno concluye con una confesión («Jesucristo es Señor»), que incluye una doxología («para gloria de Dios Padre»).

Pasión de nuestro Señor Jesucristo según san LUCAS 22,14–23,56

C. Cuando llegó la hora, se sentó a la mesa y los apóstoles con él y les dijo:
✠ –Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros, antes de padecer, porque os digo que ya no la volveré a comer hasta que se cumpla en el reino de Dios.
C. Y, tomando un cáliz, después de pronunciar la acción de gracias, dijo:
✠ –Tomad esto, repartidlo entre vosotros; porque os digo que no beberé desde ahora del fruto de la vid hasta que venga el reino de Dios.
C. Y, tomando pan, después de pronunciar la acción de gracias, lo partió y se lo dio diciendo:
✠ –Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros; haced esto en memoria mía.
C. Después de cenar, hizo lo mismo con el cáliz diciendo:
✠ –Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre, que es derramada por vosotros. Pero mirad: la mano del que me entrega está conmigo, en la mesa. Porque el Hijo del hombre se va, según lo establecido; pero ¡ay de aquel hombre por quien es entregado!
C. Ellos empezaron a preguntarse unos a otros sobre quién de ellos podía ser el que iba a hacer eso. Se produjo también un altercado a propósito de quién de ellos debía ser tenido como el mayor. Pero él les dijo:
✠ –Los reyes de las naciones las dominan, y los que ejercen la autoridad se hacen llamar bienhechores. Vosotros no hagáis así, sino que el mayor entre vosotros se ha de hacer como el menor, y el que gobierna, como el que sirve. Porque ¿quién es más, el que está a la mesa o el que sirve? ¿Verdad que el que está a la mesa? Pues yo estoy en medio de vosotros como el que sirve. Vosotros sois los que habéis perseverado conmigo en mis pruebas, y yo preparo para vosotros el reino como me lo preparó mi Padre a mí, de forma que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino, y os sentéis en tronos para juzgar a las doce tribus de Israel. Simón, Simón, mira que Satanás os ha reclamado para cribaros como trigo. Pero yo he pedido por ti, para que tu fe no se apague. Y tú, cuando te hayas convertido, confirma a tus hermanos.
C. Él le dijo:
✠ –Señor, contigo estoy dispuesto a ir incluso a la cárcel y a la muerte.
C. Pero él le dijo:
✠ –Te digo, Pedro, que no cantará hoy el gallo antes de que tres veces hayas negado conocerme.

C. Y les dijo:
✠ –Cuando os envié sin bolsa, ni alforja, ni sandalias, ¿os faltó algo?
C. Dijeron:
S. –Nada.
C. Jesús añadió:
✠ –Pero ahora, el que tenga bolsa, que la lleve consigo, y lo mismo la alforja; y el que no tenga espada, que venda su manto y compre una. Porque os digo que es necesario que se cumpla en mí lo que está escrito: «Fue contado entre los pecadores», pues lo que se refiere a mí toca a su fin.
C. Ellos dijeron:
S. –Señor, aquí hay dos espadas.
C. Él les dijo:
✠ –Basta.
C. Salió y se encaminó, como de costumbre, al monte de los Olivos, y lo siguieron los discípulos. Al llegar al sitio, les dijo:
✠ –Orad, para no caer en tentación.
C. Y se apartó de ellos como a un tiro de piedra y, arrodillado, oraba diciendo:
✠ –Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz; pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya.
C. Y se le apareció un ángel del cielo, que lo confortaba. En medio de su angustia, oraba con más intensidad. Y le entró un sudor que caía hasta el suelo como si fueran gotas espesas de sangre. Y, levantándose de la oración, fue hacia sus discípulos, los encontró dormidos por la tristeza, y les dijo:
✠ –¿Por qué dormís? Levantaos y orad, para no caer en tentación.
C. Todavía estaba hablando, cuando apareció una turba; iba a la cabeza el llamado Judas, uno de los Doce. Y se acercó a besar a Jesús.
C. Jesús le dijo:
✠ –Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?
C. Viendo los que estaban con él lo que iba a pasar, dijeron:
S. –Señor, ¿herimos con la espada?
C. Y uno de ellos hirió al criado del sumo sacerdote y le cortó la oreja derecha. Jesús intervino diciendo:
✠ –Dejadlo, basta.
C. Y, tocándole la oreja, lo curó. Jesús dijo a los sumos sacerdotes y a los oficiales del templo, y a los ancianos que habían venido contra él:

✠ –¿Habéis salido con espadas y palos como en busca de un bandido? Estando a diario en el templo con vosotros, no me prendisteis. Pero esta es vuestra hora y la del poder de las tinieblas.
C. Después de prenderlo, se lo llevaron y lo hicieron entrar en casa del sumo sacerdote. Pedro lo seguía desde lejos. Ellos encendieron fuego en medio del patio, se sentaron alrededor, y Pedro estaba sentado entre ellos.
Al verlo una criada sentado junto a la lumbre, se lo quedó mirando y dijo:
S. –También este estaba con él.
C. Pero él lo negó diciendo:
S. –No lo conozco, mujer.
C. Poco después, lo vio otro y le dijo:
S. –Tú también eres uno de ellos.
C. Pero Pedro replicó:
S. –Hombre, no lo soy.
C. Y pasada cosa de una hora, otro insistía diciendo:
S. –Sin duda, este también estaba con él, porque es galileo.
C. Pedro dijo:
S. –Hombre, no sé de qué me hablas.
C. Y enseguida, estando todavía él hablando, cantó un gallo. El Señor, volviéndose, le echó una mirada a Pedro, y Pedro se acordó de la palabra que el Señor le había dicho: «Antes de que cante hoy el gallo, me negarás tres veces».
Y, saliendo afuera, lloró amargamente.
Y los hombres que tenían preso a Jesús se burlaban de él, dándole golpes.
Y, tapándole la cara, le preguntaban diciendo:
S. –Haz de profeta: ¿quién te ha pegado?
C. E, insultándolo, proferían contra él otras muchas cosas.
Cuando se hizo de día, se reunieron los ancianos del pueblo, con los jefes de los sacerdotes y los escribas; lo condujeron ante su Sanedrín, y le dijeron:
S. –Si tú eres el Mesías, dínoslo.
C. Él les dijo:
✠ –Si os lo digo, no lo vais a creer; y si os pregunto, no me vais a responder. Pero, desde ahora, el Hijo del hombre estará sentado a la derecha del poder de Dios.
C. Dijeron todos:
S. –Entonces, ¿tú eres el Hijo de Dios?
C. Él les dijo:

✠ –Vosotros lo decís, yo lo soy.
C. Ellos dijeron:
S. –¿Qué necesidad tenemos ya de testimonios? Nosotros mismos lo hemos oído de su boca.
C. Y levantándose toda la asamblea, lo llevaron a presencia de Pilato.
Y se pusieron a acusarlo diciendo:
S. –Hemos encontrado que este anda amotinando a nuestra nación, y oponiéndose a que se paguen tributos al César, y diciendo que él es el Mesías rey.
C. Pilato le preguntó:
S. –¿Eres tú el rey de los judíos?
C. Él le responde:
✠ –Tú lo dices.
C. Pilato dijo a los sumos sacerdotes y a la gente:
S. –No encuentro ninguna culpa en este hombre.
C. Pero ellos insistían con más fuerza, diciendo:
S. –Solivianta al pueblo enseñando por toda Judea, desde que comenzó en Galilea hasta llegar aquí.
C. Pilato, al oírlo, preguntó si el hombre era galileo; y, al enterarse de que era de la jurisdicción de Herodes, que estaba precisamente en Jerusalén por aquellos días, se lo remitió.
Herodes, al ver a Jesús, se puso muy contento, pues hacía bastante tiempo que deseaba verlo, porque oía hablar de él y esperaba verle hacer algún milagro. Le hacía muchas preguntas con abundante verborrea; pero él no le contestó nada.
Estaban allí los sumos sacerdotes y los escribas acusándolo con ahínco.
Herodes, con sus soldados, lo trató con desprecio y, después de burlarse de él, poniéndole una vestidura blanca, se lo remitió a Pilato. Aquel mismo día se hicieron amigos entre sí Herodes y Pilato, porque antes estaban enemistados entre sí.
Pilato, después de convocar a los sumos sacerdotes, a los magistrados y al pueblo, les dijo:
S. –Me habéis traído a este hombre como agitador del pueblo; y resulta que yo lo he interrogado delante de vosotros y no he encontrado en este hombre ninguna de las culpas de que lo acusáis; pero tampoco Herodes, porque nos lo ha devuelto: ya veis que no ha hecho nada digno de muerte. Así que le daré un escarmiento y lo soltaré.

C. Ellos vociferaron en masa:
S. –¡Quita de en medio a ese! Suéltanos a Barrabás.
C. Este había sido metido en la cárcel por una revuelta acaecida en la ciudad y un homicidio.
Pilato volvió a dirigirles la palabra queriendo soltar a Jesús, pero ellos seguían gritando:
S. –¡Crucifícalo, crucifícalo!
C. Por tercera vez les dijo:
S. –Pues ¿qué mal ha hecho este? No he encontrado en él ninguna culpa que merezca la muerte. Así que le daré un escarmiento y lo soltaré.
C. Pero ellos se le echaban encima, pidiendo a gritos que lo crucificara; e iba creciendo su griterío.
Pilato entonces sentenció que se realizara lo que pedían: soltó al que le reclamaban (al que había metido en la cárcel por revuelta y homicidio), y a Jesús se lo entregó a su voluntad.
Mientras lo conducían, echaron mano de un cierto Simón de Cirene, que volvía del campo, y le cargaron la cruz, para que la llevase detrás de Jesús.
Lo seguía un gran gentío del pueblo, y de mujeres que se golpeaban el pecho y lanzaban lamentos por él.
Jesús se volvió hacia ellas y les dijo:
✠ –Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos, porque mirad que vienen días en los que dirán: «Bienaventuradas las estériles y los vientres que no han dado a luz y los pechos que no han criado». Entonces empezarán a decirles a los montes: «Caed sobre nosotros», y a las colinas: «Cubridnos»; porque, si esto hacen con el leño verde, ¿qué harán con el seco?
C. Conducían también a otros dos malhechores para ajusticiarlos con él.
Y cuando llegaron al lugar llamado «La Calavera», lo crucificaron allí, a él y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda.
Jesús decía:
✠ –Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.
C. Hicieron lotes con sus ropas y los echaron a suerte.
El pueblo estaba mirando, pero los magistrados le hacían muecas diciendo:
S. –A otros ha salvado; que se salve a sí mismo, si él es el Mesías de Dios, el Elegido.
C. Se burlaban de él también los soldados, que se acercaban y le ofrecían vinagre, diciendo:

S. –Si eres tú el rey de los judíos, sálvate a ti mismo.
C. Había también por encima de él un letrero: «Este es el rey de los judíos».
Uno de los malhechores crucificados lo insultaba diciendo:
S. –¿No eres tú el Mesías? Sálvate a ti mismo y a nosotros.
C. Pero el otro, respondiéndole e increpándolo, le decía:
S. –¿Ni siquiera temes tú a Dios estando en la misma condena? Nosotros, en verdad, lo estamos justamente, porque recibimos el justo pago de lo que hicimos; en cambio, este no ha hecho nada malo.
C. Y decía:
S. –Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino.
C. Jesús le dijo:
✠ –En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el paraíso.
C. Era ya como la hora sexta, y vinieron las tinieblas sobre toda la tierra, hasta la hora nona, porque se oscureció el sol. El velo del templo se rasgó por medio. Y Jesús, clamando con voz potente, dijo:
✠ –Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu.
C. Y, dicho esto, expiró.
El centurión, al ver lo ocurrido, daba gloria a Dios diciendo:
S. –Realmente, este hombre era justo.
C. Toda la muchedumbre que había concurrido a este espectáculo, al ver las cosas que habían ocurrido, se volvía dándose golpes de pecho.
Todos sus conocidos y las mujeres que lo habían seguido desde Galilea se mantenían a distancia, viendo todo esto.
Había un hombre, llamado José, que era miembro del Sanedrín, hombre bueno y justo (este no había dado su asentimiento ni a la decisión ni a la actuación de ellos); era natural de Arimatea, ciudad de los judíos, y aguardaba el reino de Dios. Este acudió a Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús. Y, bajándolo, lo envolvió en una sábana y lo colocó en un sepulcro excavado en la roca, donde nadie había sido puesto todavía.
Era el día de la Preparación y estaba para empezar el sábado. Las mujeres que lo habían acompañado desde Galilea lo siguieron, y vieron el sepulcro y cómo había sido colocado su cuerpo. Al regresar, prepararon aromas y mirra. Y el sábado descansaron de acuerdo con el precepto.

Palabra del Señor

NOTAS: Lucas tiene elementos propios en su relato de la Pasión. Este evangelista presenta a Jesús como «inocente»; aspecto muy importante si pensamos en los destinatarios de su evangelio (personas de cultura griega que se podían escandalizar por confesar como «Señor» a un reo culpable). Primero, Pilato declara por tres veces que Jesús «no tiene culpa» (Lc 23,4.14.15); luego, tras su muerte, el centurión declara que es «justo/*dikaios*» (Lc 23,48), mientras que el centurión en Mateo y Marcos dice que es «Hijo de Dios» (Mt 27,55; Mc 15,39). Además, solo en Lucas, el pueblo vuelve a Jerusalén conmocionado y golpeándose el pecho en señal de lamentación; de forma que la culpa de la condena no recae sobre él. También son propias de Lucas la comparecencia ante Herodes, quien le trata con desprecio (Lc 23,6-12), y el encuentro con las mujeres de Jerusalén camino del Calvario (Lc 23,27-31). Solo este evangelista recoge tres intervenciones de Jesús en la cruz; la tradición católica habla de «palabras» que los otros evangelios ignoran: «Padre, perdónales porque no saben lo que hacen» (Lc 23,34); la dirigida al «Buen Ladrón»: «te aseguro que hoy estarás conmigo en el Paraíso» (Lc 23,43); y por fin la expresión de su confianza total en Dios: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc 23,46). Sin embargo, Lucas omite el grito de Jesús en el que le pregunta a Dios por qué le ha abandonado (Mc 15,34; Mt 27,46), quizá por lo chocante que pudiera ser para sus destinatarios. El encuentro de Jesús con Pedro y su llanto cuando se encuentra con la «mirada» de Cristo (solo en Lucas, Lc 22,61), lleva al arrepentimiento y subsiguiente conversión de Pedro, después de haberle negado.

Pedro Fraile

Homilía

Acercarnos a Jesús

Los textos de la pasión nos invitan a acercarnos a Jesús. Son una invitación a contemplarle a él y, al hacerlo, permitir que surja en nosotros una pregunta: ¿quién es este hombre? Si nos tomamos en serio la vida cristiana, en algún momento aparecerá la pregunta: ¿quién es este hombre? Jesús se lo preguntó a sus discípulos y nos lo pregunta también a nosotros: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?» (Mt 16,15). Acoger esa pregunta es una oportunidad para que podamos vivir con más consciencia la vida creyente, una oportunidad para crecer como discípulos suyos.

Prestar atención

¿Cómo acercarnos a Jesús? Cada Semana Santa nos brinda la ocasión de adentrarnos en los textos de la pasión. Hagámoslo sin prisas, con calma, contemplando a Jesús. Hagamos el esfuerzo de no mirar los acontecimientos que allí se narran desde lejos, como se nos dice que hicieron las mujeres en el relato de Marcos; tampoco acompañemos a Jesús en la distancia, como hace Pedro en el texto que hemos leído hoy. No. Prestemos atención a los protagonistas, a lo que sucede, a lo que está en juego, a lo que se nos está diciendo a nosotros, hoy, a la realidad del mundo de hoy.

Encontrarnos con Jesús

No olvidemos que estos relatos, como el resto de los textos evangélicos, son un testimonio de fe y que se escribieron para provocar en nosotros la pregunta por Jesús, la admiración por él y el deseo de seguirle. Recordemos las palabras de Benedicto XVI: «No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva» (*Deus Caritas Est*, 1). El Jesús que aparece en los evangelios vive y esos textos son un camino para encontrarnos con Él.

Es posible que los textos evangélicos solo los conozcamos de pasada, que los hayamos leído o escuchado «de prisa y corriendo», como quien lee o escucha una simple crónica histórica. Es posible, por tanto, que casi nunca nos hayamos acercado al Jesús real que vive en la experiencia que se nos transmite en los evangélicos.

Encender la llama de la fe y del amor

Estos días pueden ser una buena ocasión para leer despacio la pasión, sin otra pretensión que la de acercarnos a Jesús. Acompañarle. Acoger su vida. Sus palabras. Los evangelios cuando los leemos con fe siguen poseyendo la capacidad de encender en nosotros la llama del amor. Dios es amor y en Jesús podemos conocer, acoger y vivir el amor de Dios.

Celebración

MONICIONES

Ambientación inicial. Hoy, Domingo de Ramos, al conmemorar la entrada de Jesús en Jerusalén, inauguramos la Semana Santa, donde celebraremos la pasión, la muerte y la resurrección de nuestro Señor. Vivamos con fe los acontecimientos que celebramos esta semana. Acompañemos y admiremos a Jesús, que nos ha amado hasta el extremo de entregar la vida.

Acto penitencial. *Reconozcamos humildemente que somos pecadores.*
– Tú, que te has hecho uno de tantos. *¡Señor, ten piedad!*
– Tú, que has pasado por la vida haciendo el bien. *¡Cristo, ten piedad!*
– Tú, que te has entregado hasta la muerte en una cruz. *¡Señor, ten piedad!*

Padre, ayúdanos a descubrir la grandeza infinita de tu amor en la pasión, muerte y resurrección de tu hijo. Te lo pedimos por él, por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

Ambientación de la Palabra. La primera lectura, tomada del libro de Isaías, nos habla del siervo que se entrega al servicio de todos nosotros. En la segunda lectura, Pablo nos transmite un antiguo himno en el que se resume el misterio de la Encarnación: Cristo se ha humillado hasta la muerte de cruz, pero el Padre lo exalta sobre todo lo creado. Él es el servidor que se ha despojado de todo poder, incluso siendo Dios. Lucas, el evangelista del amor y de la misericordia, en el relato de la pasión deja bien claro el amor del Padre por su hijo y por la humanidad entera. La cruz es signo de su misericordia por todos.

Despedida. Que las celebraciones de estos días sean, para todos nosotros, ocasión para vivir verdaderamente el misterio de Dios manifestado en la pasión, muerte y resurrección de su hijo, nuestro Señor, Jesucristo.

Oraciones

COLECTA

Dios todopoderoso y eterno, que hiciste que nuestro Salvador se encarnase y soportara la cruz para que imitemos su ejemplo de humildad, concédenos, propicio, aprender las enseñanzas de la pasión y participar de la resurrección gloriosa. Por nuestro Señor Jesucristo.

ORACIÓN DE LOS FIELES

Oremos a Dios Padre, que nos ha amado hasta el extremo en su Hijo.

- Por la Iglesia, llamada a solidarizarse con el sufrimiento de toda la humanidad, para que sepa decir a todos los abatidos una palabra de aliento. *Roguemos al Señor.*
- Por todos los cristianos, para que la entrega de Cristo nos reúna en la unidad. *Roguemos al Señor.*
- Por los enfermos, por todas las personas que sufren, para que, participando del cáliz de la pasión, a semejanza de Cristo, tengan la firme esperanza de participar con Él en su gloria. *Roguemos al Señor.*
- Por nosotros, que nos disponemos a celebrar la Pascua del Señor, para que su muerte y resurrección se realicen en nuestra vida de cristianos. *Roguemos al Señor.*

Padre Dios, esta es la oración de tu pueblo, que conmemora la pasión de Jesucristo, tu Hijo. Ayúdanos a vivir en Él. Por Jesucristo, nuestro Señor.

SOBRE LAS OFRENDAS

Señor, que por la pasión de tu Unigénito se extienda sobre nosotros tu misericordia y, aunque no la merecen nuestras obras, que con la ayuda de tu compasión podamos recibirla en este sacrificio único. Por Jesucristo, nuestro Señor.

DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Saciados con los dones santos, te pedimos, Señor, que, así como nos has hecho esperar lo que creemos por la muerte de tu Hijo, podamos alcanzar, por su resurrección, la plena posesión de lo que anhelamos. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ORACIÓN SOBRE EL PUEBLO

Dirige tu mirada, Señor, sobre esta familia tuya por la que nuestro Señor Jesucristo no dudó en entregarse a los verdugos y padecer el tormento de la cruz. Por Jesucristo, nuestro Señor.

El Evangelio en casa

Ambientación
¿Has leído los textos de los cuatro evangelios? ¿Has leído, al menos, uno de ellos? ¿Lees alguna vez el evangelio del día? La mayoría de los cristianos, ojalá me equivoque, responderían «no» a las preguntas de esta breve encuesta. La mayoría, los evangelios los han escuchado únicamente en la misa y, en ocasiones, sin prestar mucha atención.

Nos preguntamos
¿Tú, cómo respondes a las preguntas de la encuesta? ¿Damos importancia en la Iglesia a los evangelios?

Proclamamos la Palabra: Lc 22,14–23,56.

Nos dejamos iluminar
Podemos acercarnos a los textos evangélicos con la frialdad de quien lee en la prensa la crónica de un suceso del pasado; pero podemos hacerlo con el interés de quien busca a Jesús porque desea encontrarse con Él. Así nos lo recuerda Francisco: «El Evangelio te permite conocer al verdadero Jesús, te hace conocer a Jesús vivo; te habla al corazón y te cambia la vida... Leer el Evangelio. Leer el Evangelio. Cada día leer un pasaje del Evangelio; y también llevar un pequeño Evangelio con nosotros, en el bolsillo, en la cartera, al alcance de la mano. Y allí, leyendo un pasaje encontraremos a Jesús» (Ángelus, 27 de julio de 2014).

Seguimos a Jesucristo hoy
¿Tengo el Evangelio del día? ¿Lo leo alguna vez? ¿Qué puedo mejorar?

Plegaria

JESÚS,
me convence tu divinidad sin poder;
me atrae tu corazón manso y humilde, a todos abierto,
me seduce tu amor a los pobres, pequeños y marginados;
me impresiona tu imagen de un Dios Padre de infinita misericordia.

Me conmueve tu fidelidad a ti mismo hasta la muerte;
me subyuga tu fuerza profética para denunciar abusos de poder e hipocresías;
me desarma tu silencio e indefensa ante los poderes que te acusan y condenan;
me aterra tu grito desde la cruz:
«¡Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?!».

Me estremece tu petición de perdón para tus mismos verdugos;
me da vida saber que, desde hace veinte siglos,
sigues resucitando en el corazón de multitud de mujeres y hombres
de buena voluntad, que buscan sinceramente el bien y la verdad.

Me alienta el calor de tu cercanía,
saber que nos acompañas en el camino
de llegar a ser, cada uno, libres y felices,
de acuerdo con la voluntad amorosa del Padre.
Jesús, divino en tu inmensa Humanidad.
Jesús, humano en tu desnuda Divinidad.

Antonio López Baeza

17 de abril de 2025

Ciclo **C**

Jueves Santo

Jesús Gracia

Como Jesús, amar y servir del todo, a todos

Los amó hasta el extremo
(Palabra de Dios).

Jesús, el amor entregado
que sirve y da vida
(Homilía).

Amor que toca
y lava los pies
(Evangelio en casa).